

rio; y desdeña la capacidad y la función misma del juez y de quienes alternan con él y bajo su autoridad dentro de la controversia o dentro de la fácil operación de simple jurisdicción voluntaria o también extrajuicio.

En ninguna parte del glosario se clama por detalle explicativo que invada el campo de la interpretación de las palabras significadas. Lo único que he insinuado es que se indiquen las concomitancias necesarias y esenciales. Creo que algunas de mis observaciones si merecieran ser aceptadas no reclamarían más de tres líneas sobre la extensión que actualmente embargan.

Cumplo el deber elemental de agradecer al señor Director de la Academia, R. P. Félix Restrepo, S. J., y a los juristas de ella, la bondadosa acogida con que recibieron mi labor, y las indicaciones con que mejoraron tarea tan delicada,

Puesto que este inventario de voces forenses llegará, por vía de información, a las Academias de los países hispano-americanos, confío en recibir el valioso estímulo de ellas, manifestado siquiera sea con la lectura. No aspiro a merecer la aprobación sino a alcanzar el reconocimiento a favor de la Colombiana de que allí se elabora con el asiduo y natural anhelo de acertar en lo que se somete a la consideración de las clases cultas a propósito de los destinos de nuestro idioma.

Miguel Aguilera

Individuo de Número



ARTES

Nicolás Bayona Posada

EL HOMERO DE PROVENZA

Como el mundo material que nos rodea, el universo espiritual de la poesía tiene también su sistema orográfico. Hay poetas a quienes podemos comparar, dadas las características de su obra, con una llanura o con un collado, con una colina o con un monte, con una vertiente o con una estratificación, con un nevado o con un volcán. Hasta existen algunos que, por la variedad y por la magnitud de que hacen gala, dejan en nuestro espíritu la sensación de una cordillera gigantesca. Uno de ellos es Federico Mistral.

Una cordillera, sí. O, por mejor decirlo, la cumbre más alta de una cordillera gigante. Fuera Mistral un simple monte aislado, y el estudio de su personalidad, de su obra y de su influencia demandaría solamente la medición de la altura y el peso. Es el anillo de una cadena más de diez veces secular, y exige —en consecuencia— que vayamos examinando los eslabones uno a uno para que logremos entender lo que ese anillo representa y sepamos el valor que le corresponde.

Ya la cadena comienza a correr en nuestras manos y ya empiezan a subir nuestras plantas por el nacimiento de la cordillera.

La lengua provenzal.

Estamos, efectivamente, a una distancia de siglos. El idioma del Lacio ha dado origen a las lenguas que agrupan ahora los filólogos bajo el nombre común de romances. Y entre estas lenguas hay dos que se disputan el dominio del territorio galo: el francés o lengua de oil, y el provenzal o lengua de oc.

La primera es, indudablemente, más seca, más viril, más ruda: es el idioma ideal para la guerra. Ninguna, en cambio, supera a la otra en giros armoniosos, en locuciones musicales, en combinaciones deleitosas: es un idioma como forjado adrede para los vuelos del pensamiento y para las ingenuidades del amor.

Ello explica suficientemente el que, desde los comienzos de la historia francesa, la vida literaria haya tenido en el Mediodía lo que pudiera llamarse el epicentro. Tolosa, Marsella, Burdeos, Arlés, comienzan desde entonces a hacerse famosas —por obra de la lengua— para la ciencia y para el arte. La Iglesia, por lo que a ella toca, presta a la lengua provenzal influencia decisiva mediante la orden, dada en el año de 813 en el Concilio de Tours, de que los párrocos prediquen en lengua románica. La pulen los frailes, confiándole el encargo de relatar a la posteridad las vidas fragantes de los santos. Se escriben en ella las leyes de las Cortes de Amor y los villancicos de los pastores. La dulcifican aún más el paisaje y el clima. Se atavía, en ocasiones, con las más ricas joyas de sus hermanas. Y, como si todo ello fuera poco, se convierte en el idioma oficial de la poesía por obra y gracia de sus mejores vasallos. Me refiero a los trovadores de Provenza.

Los Trovadores.

Para algunos críticos no son los trovadores provenzales sino una transformación de los juglares callejeros o una reproducción de los antiguos bardos célticos. Es un error de apreciación. Los trovadores no anduvieron jamás, como lo hacían los juglares, recitando canciones por las calles a cambio de una moneda o un vaso de bon vino; ni tampoco como los bardos célticos, componían trovas para que otros las dijesen y compartieran con ellos las ganancias. Más que otra cosa son el producto natural de una época y de una tierra propicias hasta el extremo para las más extrañas galanterías y las más raras aventuras.

Porque no se destacan únicamente los trovadores provenzales como maestros acabados de la poesía erótica y cortesana, sino que la mayoría de las veces convierten sus pro-

pias vidas en otros tantos poemas extraños. Folquete de Marsella, por ejemplo (*Fouquet l'abouminable* le llama Mistral) se hace monje a la muerte de su dama, llega hasta el Obispado de Tolosa y se dedica desde tan alta alcurnia a cometer delitos picarescos; Vidal, enamorado de la Loba de Puegnatier, da en vestirse con pieles de lobo y en buscar lobos en las cuevas para demostrarle de esa manera su pasión; Bernardo de Ventadorn va a terminar en la soledad del yermo santo una vida gastada por las más espantosas bacanales; Pedro Vidal de Tolosa cree suya la corona de oriente por haberse casado en Chipre con una riquísima doncella y, no contento con titularse Emperador en sus escritos, llega hasta preparar terrible guerra de conquista; Bonifacio de Castellana se bate en mil duelos por una dama de quien ignora el nombre, y Jofre Rudel (protagonista del drama de Rostand *La princesa lejana*, y personaje a quien Carducci dedica la más bella de las estrofas de *Alla rima* y un lindo poema de su mejor libro) se enamora de la Condesa de Trípoli sin haberla conocido, emprende un viaje para declararle su amor y paga con el precio de la vida aquella pasión insensata.

Pero dejando a un lado el aspecto social y político de los trovadores y a recitarse los propios. Trasciende al público es del caso hacer notar que son los trovadores provenzales los creadores inigualados de muchos de los géneros literarios y de la mayor parte de las combinaciones métricas. A ellos corresponde, en efecto, la invención del rondel, de la canción, del madrigal, de la serenata, de la balada, y si no la invención, al menos el perfeccionamiento de la flor lírica de los catorce pétalos.

Saint-Beuve, a este respecto, asegura que fue Du Bellay quien llevó a Francia el soneto, cuya factura aprendió de los poetas de Florencia: "Du Bellay, le premier, l'apporta de Florence". Pero olvida Saint-Beuve no sólo las pruebas aducidas por Etienne Pasquier, Miguel de Nostradamus, Vauquelin de la Fresnaye, Antonio du Verdier y Scevola de Sainte-Marthe en favor del origen francés del soneto, sino también el hecho indubitable de que, desde fines del siglo XII y comienzos del XIII, o sea mucho tiempo antes de Cino de Pistoia y del Petrarca (quien, por lo demás, residió en Provenza mucho tiempo y cantó, como Mistral, para una virgen provenzal) ya Guillermo de Loris y Tibaldo VII de Champaña hablan de los sonetos cortesanos como de algo conocido por todos y por todos admirado. Son éstas y otras razones las que inducen a Colletet —cuya autoridad en este debatido asunto es un axioma— a asegurar como asegura en su *Tratado del Soneto*, que Du Bellay, al tomarlo de los italianos, no hizo otra cosa que devolver a Francia lo que

éstos habían legado —para que lo perfeccionaran— a los divinos rui señores de Provenza.

Poética y fantástica, por lo demás, aquella época de los trovadores provenzales. Mistral mismo, en el primer canto de *Calendau*, nos la describe en cuatro rasgos que no son una fantasía como tantas, sino un retrato fiel de los hechos:

Penumbra misteriosa... del firmamento al brillo
la barca va dejando diamantes por estela,
y ante la reja inmoble de señorial castillo
detiéndose los remos: ya duerme el centinela.

Una figura blanca tras lóbrego pestillo
deja soñar un rostro que el antifaz le vela,
y emocionada escucha del trovador sencillo
la trémula balada, la dulce pastorela.

Besos que van buscando los besos de otras bocas,
suspiros que se juntan y remembranzas locas
de instantes que resisten la eternidad y el frío...

Pero la alondra trina y el rui señor se calla:
la barca ya se aleja de la sutil batalla
y un ramo de miosotis desciende sobre el río (1)

Pero no se crea que el radio de acción de los trovadores de Provenza se circunscribe a los límites estrechos de su propia nacionalidad. Como el gongorismo en el siglo XVII y como el verlainismo en el XIX, el trovadorismo provenzal ejerce en todas las literaturas de la época, pero especialmente en las latinas, una influencia realmente avasalladora. En la española convierte en trovadores hasta a los mismos Arciprestes, ya que el *Libro del buen amor*, del de Hita, es todo un cancionero provenzal; en la catalana cuenta con figuras tan interesantes como Jaume Roig, Guillén de Bergadom, Raimundo Lulio y Ausias March; en la italiana —para no alargar la enumeración— se inicia con el trovador santo del *Frate Sole*, continúa con el que primero se llamó Guillermo de Lisciano y después Fray Pacífico, y entona con el caballeresco Tomás Celano —embocada la trompeta del juicio universal— las apocalípticas estrofas del *Dies irae*.

Los Juegos Florales.

No terminan aquí, sin embargo, las glorias de los trovadores provenzales. Si a ellos corresponde la invención de nuevos géneros literarios y de eternas combinaciones métricas, es obra suya también la fiesta magnífica de la Fe, la Patria y el Amor.

(1) Todas las traducciones que figuran en el presente estudio han sido hechas por el autor del mismo.

Inútil buscar el origen de los Juegos Florales, como lo han hecho algunos críticos, en los pueblos clásicos de la antigüedad. La esencia misma de la fiesta desmiente a tales críticos. Glorificar a la mujer, convertirla en una reina, sentarla bajo doseles de rosas, es la razón de ser y el alma misma de los Juegos Florales. Y no son ciertamente los pueblos paganos los autores de la rehabilitación femenina, obra exclusiva del cristianismo.

Se arguye, no obstante, que griegos y latinos celebraban en los primeros días del mes de mayo, algunas fiestas populares en las que desempeñaban papel capital las mujeres y las flores. Es evidente la aseveración, pero no es menos evidente que ni aun sutilizando demasiado puede encontrarse en esas fiestas un rasgo siquiera que recuerde los Juegos Florales. En Grecia todo se reducía a danzas y cantos sencillos en honor de la diosa de las flores; en Roma consistían los festejos —execrados por los autores clásicos y por los padres de la Iglesia— en cantares disolutos y bailes obscenos a cargo de mujerzuelas borrachas y desnudas. Relatan Séneca y Valerio Máximo que Catón, el severo, asistió alguna vez al repugnante espectáculo (establecido, según algunos, en honor de Flora, la Esposa de Céforo, y creado, según Lactancio, por una cortesana famosa para celebrar su onomástico) y hubo de retirarse del lugar en que se verificaba, avergonzado y confuso.

En cambio, para los trovadores provenzales, la mujer —por el mero hecho de serlo— es una reina. Basta el caso rigurosamente histórico de Ricardo de Berbezieux para demostrar hasta qué punto llevaron a la mujer los trovadores.

La bellísima esposa de Jofre, Barón de Taunay, consiente en ser la inspiradora de los encendidos versos de Ricardo a cambio de que el ilustre trovador no divulgue jamás el nombre de su musa. Así lo hace por mucho tiempo el poeta, contentándose con llamarla siempre *mielz de donna*. Un día, sin embargo, celebra Ricardo una fiesta y el exceso de licor arranca de sus labios el secreto. La indignación de la dama, que no es para descrita, le obliga a retirarse de Provenza por dos años. Por dos años, durante los cuales consiguen las damas de la Corte una curiosa concesión: la Baronesa perdonará al trovador si cien doncellas así lo suplican, pero sin que ninguna sepa a quién solicita el perdón. Ricardo, ingenioso como pocos, se presenta a un certamen poético que se celebra en esos días. En versos dulcísimos solicita de cien vírgenes intercedan por él ante una dama ofendida. Y la Baronesa tiene que retornar a Ricardo la

antigua protección: doscientos labios de rosa se lo solicitan así.

Siendo la cuerda erótica la que mejor saben pulsar los trovadores provenzales, es naturalmente en las fiestas cortesanías y en las reuniones feudales en donde su arte llega a todo el esplendor de la belleza. Las reuniones que se celebran en **Puy en Velai** o **Puy de Santa María** son las más notables y concurridas, y del lugar en que se verifican reciben el nombre de **Puys**. Sean estos **Puys**, o no lo sean, una reminiscencia de las poéticas asambleas que como huella de los sínodos druidicos celebran cada tres años en un monte los bardos de Bretaña; sean o no sean la semilla de donde nació en Alemania la escuela aristocrática de los **minnesinger** y más tarde la agrupación plebeya de los **meistersinger** o de los **maestros cantores**, es lo cierto que los **Puys** marcan el origen, claro y preciso, de los Juegos Florales.

A ellos acuden los trovadores, efectivamente, a perfeccionarse en el **arte de trovar** y a disputarse con versos un premio consistente en lindo manojito de flores provenzales. Pero hay más. Desde los primeros **Puys** la intervención de la mujer es decisiva. No tardan en establecerse las **Cortes de Amor** (tribunales integrados únicamente por mujeres, para dirimir las más arduas cuestiones de galantería) y sube entonces la mujer en los **Puys** a la propia categoría de juez inapelable. La condesa Sibila de Flandes, la reina Leonor de Aquitania, su hija María de Champaña, Stephanette des Bauls, Beatriz de Agout y Mabilie de Villeneuve se hacen célebres esas **Cortes de Amor**. Hasta en los tiempos de la decadencia provenzal y no lejos de la morada de los Papas, en Aviñón, se reúnen en **Corte de Amor** doce damas cuyos fallos alcanza a conocer Nostradamus. Los encabeza Phanette de Gautelmes, tía de Lorette, la **Laura** del Petrarca, y a quien ve el poeta "fan brillante como el sol en medio de doce estrellas".

La semilla está sembrada. Pasa el tiempo de los trovadores pero no puede sucumbir la tradición trovadoresca. En apartados jardines de la ciudad de Tolosa se reúnen sigilosamente, en pleno siglo XIV, algunos poetas que perpetúan los **Puys** antiguos: acuden tan sólo a recordar los versos de los trovadores y a recitarse los propios. Trasciende al público la persistencia de sus reuniones, se sabe el objeto de ellas y, entusiasmados los tolosanos, promueven entonces una justa poética en honor de la Virgen, que habrá de celebrarse todos los años el primer día del mes de mayo, y en la que se admitirá la lengua de oc. Los Juegos Florales en el comienzo de su gloria.

"Nada falta —dice un ilustre escritor catalán— para que sea esta fiesta la condensación de los días felices de Provenza. Se celebra en el mes de mayo como para simbolizar, en la resurrección de la naturaleza, la de la patria caída; tienen lugar en Tolosa, que ha sido el centro de la nacionalidad; el concurso de los poetas reproduce el de los famosos **Puys**; y, para que la autoridad femenina reconocida en las **Cortes de Amor**, tenga altísima representación en la más pura de las mujeres, se acuerda que se inaugure el certamen cantando las glorias de María."

Así empieza la convocatoria que hace entonces a los poetas la **Sobregaya Compañía de los Siete Trovadores de Tolosa**.

"Als honorables e als pros
senhors, amichs y companhos
als quala es donat lo sabers
don creis als bos gaugs e plazers".

Esta convocatoria tiene efecto. Infinidad de buenos poetas se presentan entusiasmados al concurso, y el 1º de mayo de 1324 se verifican solemnemente los primeros Juegos Florales de Tolosa. Arnaldo Vidal de Castelnaud Darri obtiene el premio de la violeta de oro con un bellissimo poema a **María Inmaculada**.

La Municipalidad de Tolosa se hace entonces intérprete de los sentimientos de la ciudad, y, no contenta con apropiarse los fondos necesarios para que la fiesta se siga celebrando anualmente, encarga a Bartolomé Marc y a Víctor Moliner para que redacten el **Código de los Juegos Florales**. Con el nombre de **Leyes de Amor** queda algún tiempo después concluido ese trabajo. Allí se dispone, entre otras cosas, que los premios consistirán en una violeta, una englantina y una caléndula o acacia silvestre; y que los miembros del **Consistorio del Gay Saber**, o sea una agrupación compuesta por escritores tres veces laureados en los mismos Juegos, pronunciarán por turno el discurso inicial o de **mantenencia**.

De acuerdo con estas disposiciones, los Juegos Florales de Tolosa se siguen celebrando con entusiasmo creciente. Hasta el mismo pueblo los imita y viene, como una derivación, la curiosa fiesta de **Las Mayas**. Se verifica ella también (lo dice el nombre) durante los primeros días del mes de mayo. Las jóvenes más bellas de los barrios son ataviadas con trajes de los más vivos colores y colocadas en tronos vestidos con flores y con frutos. Quien desfila ante ellas está en la obligación de prodigarles piropos. Y ellas en la de pagar los mejores con un beso.

Pero las más bellas costumbres se van esfumando poco a poco. A los trovadores aventureros suceden pacíficos ciudadanos para quienes la poesía es simplemente un adorno. La Municipalidad de Tolosa, además, empieza a verse en graves aprietos pecuniarios. Y se inicia la agonía de los Juegos Florales cuando se presenta a darles nueva vida una mujer inolvidable.

Se llama Clemencia Isaura. Es joven y rica. Los versos del trovador Renato le han cautivado el corazón. Todas las tardes, bajo un sauce y ante una imagen de María, se confiesan su amor entre castas caricias. Pero llega una hora amarguísima. El trovador parte a la guerra. Al despedirse de su Clemencia deja a las plantas de la Imagen una violeta que lleva sobre el pecho, y puede contemplar el prodigio de que sus pétalos morados se vuelven repentinamente tan amarillos como el oro. Hay, sin embargo, un prodigio mayor: Clemencia encuentra por largos meses que la violeta se halla tan fresca como si acabara de arrancársela a su mata. Un día contempla con horror que está marchita y que la tiñe en el centro una gota de sangre muy fresca. Comprende, sin que nadie se lo diga, que el trovador ha muerto heroicamente. Va a terminar su vida en un convento y lega toda su fortuna para los Juegos Florales, costeando para siempre el premio de la violeta de oro.

Muy fácil ha sido para la crítica moderna demostrar que esta poética tradición es absolutamente absurda. Pero la misma crítica ha demostrado hasta la saciedad que efectivamente existió Clemencia Isaura (quien tiene una linda estatua en Tolosa) y que a su belleza y a las riquezas de su padre se debe el que los Juegos Florales hubieran llegado en aquel tiempo a su mayor esplendor.

Acaso también se deban a la simpática hija de Ludovico, conde de Isaura, tres innovaciones importantes: la bendición previa en una iglesia de los premios acordados; la facultad dada al Jurado (y que el de Tolosa usó con Ronsard, Baif y Maynard) para adjudicar los premios por poesías ya conocidas, a grandes poetas latinos, de hallarse faltos los concurrentes, y la obtención del codiciado título de **Maestro** (así lo ganaron Víctor Hugo, Chateaubriand y Marmontel) por aquellos escritores que ganaran tres primeros premios y entraran, en consecuencia, a las primeras filas del **Consistorio del Gay Saber**.

Pero si en todo el sur de Francia tuvieron los Juegos Florales un desarrollo enorme, no fue menor el que obtuvieron en la hermana de Provenza en la poesía: Cataluña. Juan I, el **Amador de la Gentileza**, los convierte en 1394 en

fiesta nacional. Y tanto éxito alcanzan, que en 1412 el famoso Enrique de Villena dedica todo un libro de su **Arte de Trovar** a la descripción de los juegos de ese año.

Ese relato de Villena es muy curioso. Narra primeramente la llegada del **Consistorio del Gay Saber** al Capítulo de los Frailes Predicadores, para la bendición de los premios, con los **vergueros delante** y los **Libros del Arte e los Registros de los Mantenedores**; describe después el trono de la Reina, tan alto como un altar e encima puestos los **Libros del Arte e la Joya**; relata el discurso del Mantenedor, un ilustre doctor en Teología, pleno de loas a la **Gaya Ciencia e a amores e buenas costumbres**; cuenta del entusiasmo de los asistentes cuando los trovadores iban declamando sus poesías, que luego entregaban escritas en papeles damasquinos de diversos colores, y después de detallar los incidentes de los dos Consistorios (uno secreto en que se discernían los premios, y uno público en que se daba cuenta del fallo) entra a narrar el regreso a Palacio, de donde, después de obsequiados los concurrentes con confites e vino partían donde los **Mantenedores e Trovadores con los menestres e Joya**, acompañando al que ganó fasta su posada, e mostrábase aquel aventaje que Dios e naturaleza hicieron entre los claros ingenios e los oscuros.

En esto último sobre razón a Villena. Porque sí, como los provenzales, los Juegos Florales catalanes (que el Ayuntamiento de Barcelona convirtió en fiesta oficial) han dado margen para que luzcan su belleza las mujeres más lindas del mundo, también se debe a ellos el que hayan salido de la penumbra poetas famosos por mil títulos. Un caso entre muchos:

En 1865, poco antes de empezar la fiesta, se acerca al Presidente del Consistorio un pobre labriego (**un jove pagés de Folgarolas**, dice el Acta Oficial) y le pregunta si puede subir con su **barretina**, o gorro catalán, a recibir un premio que le ha sido adjudicado. Accede sin esfuerzo el Presidente, y el joven obtiene aquella noche un éxito rotundo. Un éxito que, según él mismo lo confiesa, le da bríos para escribir la epopeya catalana. Porque ese labriego es nadie menos que Mosén Jacinto Verdaguer, el admirable poeta de **La Atlántida**.

Pero va larga la digresión y es tiempo de que vuelva a la lengua de los trovadores...

Primacía del francés.

Desgraciadamente vientos contrarios azotan ese árbol y le están despojando poco a poco de sus mejores frutos.



Un sol de resplandores eternos se levanta ya en el horizonte, y no saben los trovadores trinar sino a la luz de la luna como los ruiseñores.

Pero no es solamente la voz tonante del Gibelino de la **Divina Comedia** la que ahoga los ecos dulcísimos de la poesía provenzal. Es también el gemido de Europa entera, pasada a sangre y fuego.

Los albigenses, en efecto, lo invaden todo como un tropel de hienas. Se levanta el Catolicismo contra ellos, y unas a otras se suceden aquellas guerras crudelísimas que por tantos años sumergen a los estados de Europa, pero especialmente a Francia, en un diluvio de lágrimas y sangre.

Sucede lo que era natural que sucediera. La lengua de la guerra triunfa sobre el idioma de la poesía, adopta la víctima el lenguaje de los fuertes, y la hermana mayor —la lengua de oc— se convierte por obra del predominio del francés, más notable cada día, en un patois vulgar que sólo hablan los campesinos del Sur. Y este es el estado de cosas que hallamos en el segundo tercio del siglo XIX.

Pero nos salen aquí al paso una serie de pequeñas causas llamadas a producir grandes efectos. Dijérase que un águila, al desprenderse del tope de un nevado, arranca una partícula de nieve que apenas se percibe; pero rueda y más rueda esa partícula y va llevándose a su paso bloques inmensos y cerros gigantes. Es ya un alud y queda sobre el llano convertida en una cumbre que desafía a las más altas.

El precursor de Mistral.

José Roumanille empieza a sentir sobre su frente los lauros de la gloria. Abandonando el provenzal, idioma en que aprendió las primeras letras de labios de su madre, está haciendo desbordar ante un grupo de amigos los sonoros versos franceses en que rebosa el terso arroyo de su inspiración.

Todo es aplauso y elogio para la obra del joven poeta. Solo allá, en un rincón, la madre llora porque nada comprende. Pero si Roumanille es buen poeta, es, ante todo, buen hijo. Contempla bañado en llanto el rostro de la anciana y, despedazando las cuartillas ante el asombro de los compañeros, prorrumpe en esta exclamación que marca el nacimiento de la nueva poesía provenzal:

—De hoy en adelante, madre mía, no escribiré sino versos que tú entiendas.

Viene entonces el **Boui Abaisso**, semanario escrito en provenzal, del que es el alma Roumanille, y en el que éste y otros, sin que nadie los escuche, comienzan a lamentarse en verso y prosa del desconocimiento completo de la lengua de los trovadores, no sólo por parte de los centros cultos, sino también por parte de los mismos provenzales. Es aquello una especie de predicación, en la que Roumanille (o Roumaniho, para hablar en lengua de oc) asume a veces actitudes que recuerdan las de Juan el Bautista. Y a fe que es el Precursor de un Mesías que él mismo ha de bautizar.

La aurora.

Es un domingo. La escuela de Aviñón, de que Roumaniho es profesor, asiste reverente a las visperas. **Asperge me hysopo, et mundabor; labavis me et super nivem de alabor** cantan las voces en el coro. Uno de los estudiantes se ocupa, entre tanto, en borronar una cuartilla. Roumaniho se acerca a él y se la quita, reprochándole la irreverencia. Solo que la lee y encuentra allí:

“Que l'isop bagne ma caro
Sarai pur: lavas me leu
E vendrai pu blanc encaro
Que la tafo de la neu”.

Y luego... Dejemos que el mismo Mistral (porque es Federico Mistral el estudiante aquel) nos relate lo que aconteció:

“... Terminadas las visperas salimos de paseo los alumnos por los alrededores de Aviñón. Roumaniho se me acercó y me interrogó de este modo:

—¿De manera, Mistralito, que empleas tus ocios en escribir estrofas provenzales?”

—Alguna que otra vez...

—¿Deseas oír algunas de las mías?

“Y Roumaniho, con aquella simpática voz tan bien timbrada, me recitó las más bellas composiciones de Li Margerideto. Era aquello una verdadera eclosión de flores de abril, de flores de nuestros prados, de flores precursoras de la gloriosa primavera de los Felibres. El placer me enloquecía y no pude menos de gritar entusiasmado:

”—Esta es la aurora que aguardaba mi alma para abrirse a la plenitud de la luz...”

Para abrirse a la plenitud de la luz, dice Mistral. Y es porque Mistral mismo comprende que estaba predestinado,



aun desde antes de nacer, para encarnar el alma de Provenza. La manera misma como describe el matrimonio de sus padres, y su venida al mundo, es una prueba de este aserto:

“Allá por la fiesta de San Juan, maese Francisco Mistral se hallaba en medio de sus trigos y se complacía en contemplar la siega. Un enjambre de segadoras seguía a los segadores y cortaba las espigas que a éstos se escapaban. Y he aquí que mi señor padre se sintió intrigado por una linda zagala que permanecía siempre atrás como sintiendo vergüenza de trabajar con las otras. Se adelantó a ella y le dijo:

—¿Quién eres, preciosa?

La joven le contestó ruborizada:

—Soy la hija de Etienne Poulinet, el Alcalde de Mayano. Me llaman Adelaida.

—¡Caramba! —exclamó entonces mi padre—. No es posible que la hija de Poulinet, el Alcalde de Mayano, esté trabajando como segadora.

—¿Y qué hacer? —replicó ella—. Somos una familia numerosa y nuestro padre, aunque muy bueno, cuando le solicitamos alguna cosa nos responde: “Muchachos: si quieren plata, a ganarla”. Por eso, señor, estoy aquí...

Seis meses después de este encuentro, que recuerda la antigua escena de Rut y Booz, el campesino aquel solicitó la mano de Adelaida y vine al mundo de ese enlace.

Mi nacimiento aconteció el 8 de septiembre de 1830, después de medio día. La dulce enfermera ordenó llamar a mi padre, entregado de conformidad con su costumbre a las labores agrícolas. Corriendo siempre, y desde lo más lejos que pudo hacerse oír, gritó afanado el mensajero:

—Corra, patrón, corra, que la patrona acaba de salir de su trance.

—¿Cuántos fueron? —le preguntó el viejo.

—Uno solo... Un hombre.

—¡Un hijo mío! ¡Sea Dios bendito! Que El me lo haga grande y sabio...

Y, cuando hubo terminado su labor, cogió del campo un ramo de flores y regresó a la casa lentamente cantando un aire provenzal...”

Pero ese ambiente de geórgica ha de continuar para Federico Mistral. No han de posarse sus ojos sino en los in-

comparables paisajes provenzales; han de correr sus años en permanente contacto con la naturaleza; ha de ocupar sus ocios en correr tras las mariposas, en sumergirse en el Ródano y en cazar nidos entre las moreras; han de ser sus paseos obligados aquellos parajes a que se aferran la leyenda y la poesía como los brazos de una yedra, y han de grabarse en su alma con caracteres eternos las raras historias con que amenizan su padre y su madre, ante un grupo de trabajadores, las largas veladas de la granja natal. “Oh! —exclama el mismo Mistral en **Moun spelido**— aquellos cuentos deliciosos, aquellos cantos de nodrizas y de hadas con que nuestros padres nos enseñaban en aquella época la incomparable lengua provenzal, meciendo nuestra cuna con balanceos de ensueño y poesía, y abriendo horizontes ilimitados a nuestra sed de maravillas! Hoy la vanidad ha establecido otros métodos, y los niños se convierten en árboles sin raíz y sin savia, porque está de moda renegar de la tradición a todo trance...”

Mistral está, pues, saturado del alma santa de su tierra. Vive en su ser el rumor de los vientos de Provenza, el damasco de sus cielos, la policromía de sus parajes, el mundo intangible de sus héroes legendarios. Como el arpa aquella de la inmortal rima de Bécquer, sólo espera la mano que se pose en sus cuerdas. Esa mano es Roumaniho. Y ya el arpa comienza a vibrar.

Li meissoun (La siega), poema en cuatro cantos, aparece con la firma de Mistral en 1848. Roumaniho es entonces el que se siente en plena luz, y, entusiasmado, colecciona con el título de **Les provencales** las mejores poesías de quienes ya comienzan a resucitar la lengua de oc. En esa colección publica Mistral su famoso **Bonjour en touti**, que es todo un programa de renovación:

El provenzal... Mi lengua... Corriendo en la majada
y al lado de zagalas y rudos campesinos,
he visto muchas veces su imagen adorada
cubierta solamente por pudibundos linos.

Es reina, y se contempla del solio destronada.
Es ruiseñor, y en llanto conviértense sus trinos.
Apenas los cabellos cual fúlgida cascada
le visten con un manto los hombros marfilinos.

Mas no! Se acerca un grupo de altivos caballeros
que por su amor desnuda los inclitos aceros
y quiere devolverle la gloria de otros días.

Seguid, seguid valientes en torno de la bella,
y pues aurora enorme de eterno sol destella
a todos buena suerte y a todos buenos días...

La semilla está sembrada y no tarda en germinar.

El Felibrismo.

El 21 de mayo de 1854, que es, por una curiosa casualidad, el día en que festeja la Iglesia a aquella estrella que guió hasta Belén a los Magos, se reúnen fraternalmente en el castillo de Font-Segugne siete provenzales que en juntas anteriores se habían manifestado soldados de un mismo ideal: Mistral, Roumaniho, Aubaneu, Mathieu, Glaup, Tavan y Brunel.

Discuten el nombre que ha de darse a la sociedad que ya han formado y cuyo único objeto es el de resucitar la lengua provenzal, expulsando de ella los elementos extraños y acatando —en cuanto sea posible— la sintaxis y la ortografía de los antiguos trovadores.

Mistral propone el de **Felibres**, en recuerdo de una antigua canción en que se llama así a los siete Doctores de la Ley.

—¡Está bien! —grita Glaup—. Y que se llame **felibrería** en lo sucesivo, como un recuerdo de los siete trovadores de Tolosa, o toda agrupación literaria que tenga al menos siete miembros.

—Y yo —añade Roumaniho— propongo el verbo **felibrizar** como un sinónimo de unirse varias voluntades al impulso de una misma fe y de una idéntica aspiración.

—Yo, el sustantivo **felibresa** para designar a nuestras damas —dice Aubaneu.

—Y yo, finalmente —pide Mistral—, la palabra **felibrismo** para designar nuestra agrupación.

Una salva de aplausos acoge la proposición del poeta. Sólo Glaup se atreve a replicar:

—Felibres... Felibrismo... Está muy bien. Somos los Doctores de la Ley. Pero esa ley... ¿en dónde está?

—Pierde cuidado, le replica Mistral. Yo la daré.

Y veinte años después, no sólo existe ese monumento de ciencia y maravilla que se llama **Lou tresor dou Felibridge**, sino que la sociedad se ha extendido ya por gran parte de Europa y hasta cuenta con sucursal en Nueva York. Tiene a su servicio la **Armana Provencau**, publicación admirable, y precisan para la creciente institución estatutos complicados: los Felibres se dividirán en **majorau** o maestros y en simples **mantenedores**; el **Consistorio** se compondrá de cincuenta **majorau** bajo la presidencia de un **Capouliéo**; a la

Mantenencia de Cataluña deberán unirse el reino de Valencia, el Rosellón y las Baleares; la **Mantenencia** de Langüedoc y Provenza tendrá derecho a veintinueve **majorau** y la de Cataluña a veintiuno.

Constituido en esa forma, el Felibrismo no solo se da a la tarea de restaurar la lengua y la literatura regional, sino que adelanta importantísimas investigaciones históricas, e inicia y celebra uno de los acontecimientos más trascendentales de los últimos años: las **fiestas latinas**.

Porque el Felibrismo no es, en realidad, sino una liga de las naciones latinas, todas alma y corazón. Bajo su escudo glorioso —una estrella de siete rayos— celebran aún los Felibres sus más famosas reuniones. Y mientras apuran sus labios el rojo vino en que borbota el alma de la patria, vibra en los aires la canción de **La coupe** que, más que el himno de los Felibres, es el himno mismo del ideal:

Copa amante,
desbordante,
riega en olas tu licor
y de él salten a porfía
la alegría,
la firmeza y el valor.

Provenzales: esta copa
señal es de santa lid;
a beber en gaya tropa
vino fiel de nuestra vid.

De gran pueblo de hombres libres
quizá somos conclusión,
que si mueren los Felibres
morirá nuestra nación.

De una raza que germina
tal vez noble comenzar;
de la patria peregrina
los cimientos y el pilar.

Danos, copa, sueño amado
que embellezca el existir,
los recuerdos del pasado
y la fe del porvenir.

La Belleza conozcamos
y el Bien nazca del Amor,
y riamos y riamos
de la Muerte y el Dolor.

Danos, copa, la poesía
que del cielo marcha en pos,
porque es ella la ambrosía
que transforma al hombre en dios.



Copa amante,
desbordante,
riega en olas tu licor
y de él salten a porfía
la alegría,
la firmeza y el valor.

Bebamos, sí, del más fragante vino porque va a nacer a la vida de la inmortalidad (2 de febrero de 1859) la Reina de Provenza: Mireya.

Mireya.

Las nobles ambiciones de Mistral no se han reducido a la fundación del Felibrismo. Enamorado de su tierra hasta los tuétanos, ha sentido ya dentro del ser los primeros aleteos de un poema en que ha de encarnar en versos provenzales el alma misma de Provenza.

“Lleno de ese bullir provenzal que me llenaba el corazón —confiesa él mismo—, libre de toda influencia literaria, alentado por una independencia que me levantaba en sus alas, una tarde concebí, entre sementeras, el plan de *Mireio*, al contemplar a los labradores, y hasta escribí los primeros versos del poema. Hijo del amor y de la perseverancia hizo apaciblemente su eclosión, poco a poco, a sus anchas, al calor del sol y entre el balar de los rebaños y los silbidos del mistral. Todo mi plan se redujo a relatar los amores de dos jóvenes provenzales de condición diferente; como los demás actores del poema —labriegos, pastores, cesteros— desfilaban continuamente ante mis ojos, no me preocupé por lo demás. La hoja rodaría, como en la vida real, al capricho de los vientos...”

En pocas páginas de *Moun ospelido* se nos muestra el alma de Mistral tan al desnudo. Esa ingenua confesión es toda una clave de su obra. Veámoslo.

En los caminos polvorientos, hombres que cantan canciones dulcísimas; el mistral que con sus roncros bramidos apaga el chillar de las cigarras; los cañaverales del Ródano allá detrás de las moreras y de los olivos; una granja que con el humo de su chimenea mancha el crepúsculo; el repiqueteo de las campanas de San Trofimo mezclándose al lamento de las esquilas; arlesianas de trajes vistosos que caminan entre un grupo de mancebos; la raya azul de Las Alpillas mostrando el límite de la Camarga, y sobre hombres y cosas el sol glorioso de Provenza derritiéndose en oro. Solo que todo ese color y ese ruido no pueden cantarse en francés ni en castellano, ni tampoco por un poeta —así se llame Víctor Hugo— en cuyo sentimiento de la natura-

leza hayan influido las elucubraciones cerebrales. Son precisos un bardo primitivo que mire la naturaleza con ojos asombrados de niño, y un idioma claro, alegre, armonioso, que suene a tamboriles, que huelga a helecho y que esté unido por los labios de las Cortes de Amor. El bardo es Mistral y el provenzal el idioma...

Hasta el argumento de *Mireio* es primitivo. Es casi el mismo de *Dafnis y Cloe*. Pero es que ese argumento no pasa de ser un pretexto. Victoriano Sardou escribió dramas admirables con el único objeto de que Sara Bernhardt tuviera ocasión de lucir sus más ricos trajes y sus joyas mejores. Cosa parecida sucede en los poemas mistralinos. En *Mireya*, por ejemplo, el amor de los dos jóvenes, el desfile de los rivales, la dolorosa huida a través de la Crau no son sino la decoración ante la cual monologa el único personaje del poema: Provenza.

Mireya, en efecto, no es desde la invocación hasta el último verso sino un canto valientísimo al terruño y una artística enumeración de sus bellezas. No podía ser de otro modo, tratándose como se trata de un poema que no es menaje de laboratorio, sino agua de peña.

Pero ya que mencioné la invocación, me sea permitida una observación tal vez interesante... En Antioquia, y en toda Colombia, entonan con frecuencia los campesinos esta copla admirable:

“Por ser la primera vez
que yo en esta casa canto,
gloria al Padre, gloria al Hijo,
gloria al Espíritu Santo!”

Antonio José Restrepo coloca este cantar a la cabeza de los novecientos y más (algunos repetidos) que forman su lindísimo *Cancionero de Antioquia*, y le hace este juicioso comentario: “Qué noble sencillez y laconismo, igual que no superado por el celeberrimo de las gestas griegas atribuidas a Homero! “Canta, oh Diosa, la cólera irritada del hijo de Peleo”. Así invoca el Ciego legendario a sus Divinidades para que le inspiren al empuñar la lira. La invocación de nuestro rapsodo se acerca a la clásica y anuncia que va a seguir un canto inacabable, digno del mismo Amor, de la casa que se honra y de las Divinidades modernas que se invocan”.

Bien dicho. Pero olvidó el autor de *La poesía popular en Colombia* que la invocación del rapsodo antioqueño es, en esencia, la misma de *Mireio*. Solo que Mistral la hace más bella todavía: pide a su Dios, pero a su Dios nacido entre

pastores, le comunique aliento para trepar en alas de una lengua humilde, hasta la rama más alta del árbol provenzal para bajar un dulce fruto y entregarlo al hambre de los labriegos de su tierra:

Canto a una virgen provenzal. Rompiendo las crespas olas de la mar salada, a través de los fértiles trigales o del desierto que sin fin se alarga, yo —discípulo fiel del grande Homero— he de seguirla por doquier que vaya.

Modesta flor de provenzal campiña no condujo la trompa de la fama más allá de las lindes del terruño el nombre virginal de la zagala.

Pero aunque su semblante no esplendiera sino con una juventud gallarda, aunque ni regio manto de damasco ni diadema de perlas la adornara, quiero glorificarla como a reina y en humilde lenguaje acariciarla. Canto para vosotros, labradores, que sabréis comprenderla y admirarla.

Tú, Señor, que naciste entre pastores, comunica tu aliento a mis palabras. Tú lo sabes, buen Dios: cuando maduran los dulcísimos frutos en las plantas, se llega el hombre como lobo hambriento a despojarlas de su dulce carga. Pero siempre en la copa de aquel árbol cuyas frutas famélico desgaja, donde no pueda levantar la mano Tú siempre dejas bendecida rama, primaveral pimpollo siempre verde que al aire expande mística fragancia y desde el cual, pintados pajaritos, enamorados cánticos desgranar.

Ya la diviso con alegres ojos y su frescura me refresca el alma, ya la miro agitarse rumorosa al blando beso que le dan las auras!

Oh Señor de mi Patria: Tú has de darme que de mi lengua en las vibrantes alas pueda elevarme con gallardo vuelo hasta ese gajo en que las aves cantan!

Sublimidad sublime, para decir lo menos, desborda de esta admirable invocación.

Así lo comprende Lamartine, en cuyas manos tiembla de emoción el manuscrito de *Míreio*. Ochenta páginas de

elogios dan testimonio de ello. La Academia Francesa, por su parte, corona el poema como **obra útil a las costumbres**. Se le traduce al poco tiempo a todos los idiomas modernos. La pintura, la escultura, la música se apoderan de las figuras de la obra y de los más interesantes episodios. Han vuelto los días gloriosos de Provenza, y —como dicen los versos de Darío— empieza a correr nueva sangre por las venas latinas.

Calendau.

Este éxito grandioso, de que se admira el propio Mistral, le da fuerzas para trabajar por largos años (aparece en 1867) un poema que, literalmente hablando, la riqueza imaginativa y la nobleza del verso lo hacen pensar así a críticos de fama. Es *Calendau*:

Una linda princesa, vástago último de la casa de Baus, se casa con el Conde Severán, no menos perverso que noble. Acaba apenas de verificarse el enlace cuando sabe la joven la odiosa calidad de su marido. Huye sin demora de la mansión señorial y llega al monte Gibau, en donde la superstición popular cree se halla la habitación de Esterela, hada terrible que hechiza a los viandantes con la belleza de su voz y la hermosura del rostro. Se enamora de ella Calendal, un pobre pescador, creyéndola el hada. Cuando la virgen le descubre su verdadera personalidad y le relata su fatal unión, corre Calendal desesperado a vengarse del Conde Severán. Para hacerlo arder en celos le relata su encuentro en el monte. El Conde, enfurecido, aprisiona al pescador y corre en busca de su esposa. Una cortesana que se enamora de Calendal le prepara la fuga y, ya libre, vuelve al monte Gibau, halla al Conde, lo vence en lucha desigual y contempla con su amante a Severán sucumbiendo entre las llamas al incendiar el monte para tomar venganza de ese modo...

Provenza en otra forma, menos idílica pero más epopéyica. Provenza, sí, porque en *Calendau* como en *Míreio* el argumento es lo de menos. Doce cantos componen el poema y diez de ellos se reducen a poner en labios del protagonista las más bellas leyendas provenzales y la descripción de todo aquello en que parece palpitar el corazón del terruño: las fiestas con que se celebra una pesca feliz, las almadravas regionales, las justas navales, la tala de un bosque, la ascensión a una cumbre peligrosa, la captura del bandolero Marcomau, la procesión del Corpus en la playa. La patria chica en cuadros de una pasmosa realidad.

Porque Mistral, en este su segundo poema, como lo había logrado en el primero y como lo seguirá logrando en los

otros, supera en vigor y amplitud a los más grandes realistas del mundo. Nada falsifica, nada confunde. No pesa las cosas con medidas fantásticas, ni contempla la naturaleza a través de las ideas preconcebidas. Es el precursor del cubismo, si por cubismo se entiende el dar idea perfecta de las tres dimensiones a un tiempo. Adorna el espíritu y lo alimenta. Llega a los ojos y al corazón. Brujo de raros hechizos, mira él un paisaje y nos lo presenta entre sus manos.

Calendau, por lo demás, es un complemento de **Mireio**. El pescador de Casis tiene mucho de Vicente el cestero, del mismo modo que la desgraciada esposa de Severán es una Mireya hecha princesa y casada con Urrias vuelto Conde. Una prueba más de su realismo auténtico. Si se perdiera —ha dicho un crítico— la historia de España en los siglos XVI y XVII, bastarían para rehacerla, hasta con sus menores detalles, las obras de Lope y Calderón. De ser esto cierto, que lo es, también pudiera reconstruirse la de Provenza, en caso necesario, con sólo los versos de **Mireio** y **Calendau**. La poesía, como afirmó Aristóteles, es más verdadera que la historia.

Las islas de oro.

Pero **Mistral** es también poeta lírico. Luengos años después de la aparición de **Calendau**, en 1875, colecciona en un libro intitulado *Lis isclo d'or* las poesías ya publicadas por él en los anuarios del Felibrismo, y otras nuevas. Un éxito que dura todavía.

Y digo que dura todavía porque la influencia de ese libro en muchos poetas actuales es patente. No hablo de una **Balada del viento**, de Villaespesa, que es casi traducción literal de una de las composiciones del volumen; no me refiero tampoco a la **Muerte en el trigal**, de Liliencron, que es una imitación muy bien hecha de **La muerte del segador**; ni quiero hacer notar que el **Mientras cantas**, de Panzacchi, está en **Mistral** con otro título. Quiero hacer hincapié simplemente en que el lirismo de *Lis isclo d'or* —todo vigor de expresión, todo sencillez y todo fuerza de pensamiento— está en absoluto desacuerdo con el lirismo de esa época romántica, lleno de flores de invernadero, y abre el camino a la moderna renovación del sentimiento poético.

Figura en ese libro una poesía —la llamada **Mi tumba**— que es todo un testamento literario y toda una página de extraña clarividencia:

Ante mis ojos se levanta
la tumba llena de inscripciones
en que he de hallar la sombra santa
visitada por camaleones.

Supremo esfuerzo de mi orgullo
por rescatar lo más querido
de lentos años al arrullo
ha de trocarse en largo olvido.

Y si pregunta un extranjero
lo que mi sepulcro interpreta,
responderá el sepulturero:
—Esa es la tumba de un poeta.

Del que forjó la dulce historia
de una doncella que adoraba;
si no me engaña la memoria,
tal vez Mireya se llamaba.

Algunos dicen que tenía
cabello gris y barba cana
y que sus versos aprendía
de los labriegos de Mayana.

Otros afirman que reposa
(mas sin que nadie se convenza)
bajo la piedra de esta fosa
el Emperador de Provenza.

Y otros, en fin, que a mago pulcro
aquí enterraron sus lacayos...
Quizá... Se ve sobre el sepulcro
una estrella de siete rayos...

Mistral, pues, teme que le pase a él lo mismo que a **Homero**: que hasta se dude de su existencia y se crean sus poemas la obra conjunta de una multitud analfabeta. Y es acaso porque ya lleva en la cabeza la magna idea de un poema en que ha de resucitar, al conjuro del genio, la Provenza de la Edad Media, supersticiosa y extraña.

Nerto.

Ese poema, o mejor esa leyenda, se llama **Nerto** y aparece en 1884.

El **Barón Pons**, guerrero famoso y calavera, se halla en el trance de la muerte y hace a **Nerto**, su hija, una terrible confesión. Cierta noche en que había perdido al juego todas sus inmensas riquezas, lleno de aflicción y despecho invocó al Diabolo: "Ven —le dijo— con las manos llenas de dinero y te venderé a mi hija, si lo quieres... El suelo se cubrió ante él de monedas de oro y plata cuando hubo pronunciado la frase terrible, y **Nerto** fue, desde ese instante, la prometida de **Satanás**."

Pero la confesión es más grave: los trece años que el Diablo concedió entonces al Barón, como plazo para apoderarse de Nerto, están para vencerse en esos días... Loca de angustia y miedo, la gentil Nerto "pobre golondrina con las alas mojadas y empujada por la tempestad de una a otra nube", aprovecha la galería secreta que de su residencia conduce a Aviñón, y expone al Papa —cercado en sitio cruel por los amigos del Pontífice de Roma— la desesperación que le desgarró el alma y le atormenta la vida. Todo es inútil. "Del purgatorio y sus llamas —le dice Benedicto XIII— puedo yo sacar un alma en pena; de las garras del Demonio sólo puede arrancarla un milagro. Quizás en un convento."

Nerto se hace monja el mismo día. Pero Rodrigo de Luna —sobrino de aquel Papa que luego fue antiPapa— se ha enamorado de la joven, la sigue al convento y la trata de robar a viva fuerza. Trábase una lucha enconada entre Rodrigo y sus compañeros contra las gentes que llegan en auxilio de las religiosas. Nerto huye y, conducida por el Diablo, llega hasta el Castillo de los Siete Pecados.

Se han cumplido entre tanto los trece años. Satanás reclama lo que es suyo. Pero el de Luna ha llegado tras Nerto y se le opondrá. Un combate feroz entre los dos rivales. Y la cruz del acervo del de Luna se clava al fin sobre el corazón del enemigo. Ambos ruedan convertidos en humo, pero Nerto está salvada.

La técnica de Mistral, como se ve, es en este poema absolutamente distinta de la empleada en los dos anteriores. Vertido en prosa —como lo hace notar Morales San Martín— más parece una novela que una obra poética. Y es porque no sólo se ha prescindido en él de la famosa **estrofa mistralina** para echar mano de alegres eneasílabos pareados, sino que se ha concedido una importancia capital a la trama y a los caracteres. Obra perfecta de reconstrucción histórica, debía ofrecer esas condiciones y no otras para lograr su objeto. Son las mismas que se advierten en **Salambó**, de Flaubert, en **Afrodita**, de Pierre Louys, en **Ivanhoe**, de Walter Scott. Un paisaje bien hecho basta para reflejar un país, pero sólo una interesante narración y un carácter definido pueden dar idea de una época.

Nerto es la Provenza medioeval. Viven en ella la Aviñón de los Papas, pletórica de obispos, caballeros, mercaderes, peregrinos y soldados; el famoso cementerio de Alicamps, junto al Ródano, en cuyo cauce no era raro que "navegara" un ataúd "con el dinero encima para los gastos del entierro"; los castillos feudales en que damas de largos vestidos repasaban lentamente las páginas del **Breviario de Amor**; las

agitadas comilonas en refectorios extraños; los juegos de esgrima, ricos en incidentes galantes y, ante todo y por sobre todo, un personaje más interesante en la Edad Media que Dante y que los teólogos: el Diablo. De haberlo Homero conocido, sin duda que lo hubiera hecho aletear sobre las ruinas de Troya.

Pero si la trama es en Nerto de sumo interés, el estudio que allí se hace de los caracteres llega casi a la novela psicológica. Dejando a un lado al personaje capital, para que no sintamos el roce de sus alas membranosas, allí está Nerto, ingenua a la vez y maliciosa como todas las mujeres de la época; llena de fuego, pero llena también de superstición, ama a Rodrigo y teme a los espectros, siente horror a la muerte, pero huye azorada de la vida. Contrasta esta figura deliciosa con la de Rodrigo de Luna, especie de Tenorio, aragonés con algo de cínico, bastante de caballero y buena dosis de romántico. Completa la ficción sin quererlo, la silueta perversa del Barón, y se agarra a la memoria con fuerza indeleble la figura de Benedicto XIII, autoritario y caprichoso. La sola frase: "No bajaré jamás; soy Papa y Papa moriré", es toda una aguafuerte.

Y es porque Mistral, como él mismo lo confiesa, estudiaba el medio de sus poemas con una paciencia de beneditino. Largos años de trabajo fueron el germen de **Mireio**, otros tantos la culminación de **Calendau**, y quién sabe si **Nerto** es el fruto de los profundísimos estudios de arqueología y de historia que para aquella ley prometida en Font-Segugne hubo de acometer con frenesí.

El Tesoro del Felibrismo.

Algún tiempo antes de la publicación de **Nerto**, efectivamente, era ya conocida una gran parte de la obra monumental que bastaría, a falta de las otras, para inmortalizar a su autor: **Lou Tresor dou Felibrige**.

No contento Mistral con ser el Homero de Provenza, quiere también ser su Litree. "El amor mismo en aras de la patria —dice Euguía— sacrificó esta vez por luengos años a la poesía; y para hacer luz en el denso caos del idioma desairado y arrinconado, cayó la inspiración y cedió la palabra al método, enmudeció el verbo espontáneo y dio lugar a la fría ciencia del método lexicográfico".

Sí. Viene el método lexicográfico, falta la versificación y, el sabio y el investigador aparecen. Pero (¡oh buen Constantio Euguía!) la poesía no desaparece ni calla la inspira-



ción. El verso, es cierto, realiza la poesía de **Mireio**, de **Ca-lendau**, de **Nerto**, pero **Lou Tresor dou Felibridge** no puede considerarse solamente como la obra de un erudito. Es, en muchas páginas, un poema en prosa. Y esto porque para Mistral "la lengua es la revelación de la vida en pleno desarrollo, la manifestación del pensamiento humano, el instrumento sacrosanto de la civilización y el testamento hablado de las sociedades".

En ese completísimo diccionario están no solamente las diversas acepciones de todos los vocablos meridionales, su etimología y su equivalencia en otros idiomas latinos, la conjugación de todos los verbos regulares e irregulares, y la lista y explicación de los apellidos provenzales, sino que está, asimismo, una completa historia de Provenza y una detallada explicación de las costumbres, los refranes, los usos y las leyendas del pueblo. Y una obra así, llevada a cabo con ese amor al terruño que era en Mistral un fanatismo noble, no podrá dejar de ser en ninguna línea la obra de un poeta. Es el amor el que crea la poesía.

Pero no se crea que esta obra ciclópea dé fin a las labores literarias del dulce patriarca de Mayana. Sin estudiar algunas obras menores que por ese tiempo publica, y entre las que se hallan una traducción provenzal de los treinta primeros capítulos del Génesis, el ensayo sobre **El Felibrisimo** y el **Imperio del Sol** y el **Estudio sobre la ortografía de la moderna lengua de oc**, fijaremos la atención por un instante en la única obra dramática del más completo de los épicos.

La Reina Juana.

Es una tragedia en cinco actos y en verso que se publica por primera vez en el año de 1890. La precede una introducción en prosa en que Mistral estudia ampliamente el medio en que tocó actuar a la mujer infortunada, y las condiciones esenciales de su carácter y su vida.

La trama, como en **Nerto**, es rica en situaciones interesantes y en colorido local; los caracteres no desdichan de la mano que trazó las imborrables figuras de **Benedicto XIII** y de **Rodrigo de Luna**. Aquella Reina extravagante, cuyas manos lo mismo sabían deshojar rosas que preparar filtros y clavar puñales, parece delineada en la obra mistralina por la propia mano del gran Shakespeare. A tanto llegó la fuerza de la evocación.

Pero, con todo, la obra dramática propiamente dicha es muy inferior a la introducción. Abunda, no lo niego, en ver-

sos admirables y en fragmentos sublimes, pero la explicación de esos fragmentos y esos versos resulta mejor que ellos mismos.

El Poema del Ródano.

Pudiera pensarse, al leer **La Reino Jano**, que la inspiración de Mistral está agotada y que el humanista de **Lou Tresor dou Felibridge** ha reemplazado al poeta de **Mireio**. Pero los más brillantes son, precisamente, los últimos resplandores de una antorcha. Y he aquí que, ya viejo, asombra el patriarca a la humanidad con un poema todo frescura, todo sublimidad, todo vigor juvenil, que puede considerarse como la epopeya del **Río**, como **Mireya** lo es de la planicie y **Ca-lendau** del mar. Es **Lou Pouemo dou Rose**.

Una muchacha, morena porque como a la Sunamita la besó el sol en el semblante, baja alegremente por el Ródano recordando con su amado, el Príncipe de Orange, las hermosas leyendas del río. Se llama Anglore y es ella misma también, por su belleza y su gracia, toda una leyenda provenzal.

Pero no todo ha de ser dicha para los alegres tripulantes. Es preciso regresar sin demora, y el regreso debe hacerse luchando con la corriente embravecida. Sudor, angustia, esfuerzo hasta que llega al fin la embarcación al puente del Espíritu Santo, pasa por debajo de él y continúa aguas arriba. Y aquí el momento capital del poema. Es el Capitán quien recuerda que en ese puente se bendecía todos los años al Ródano. "Qué grandiosa —exclama— era aquella popular ceremonia! Ibamos a tierra y buscábamos al cura más viejo y más santo. Llegaba en medio del pueblo con la custodia deslumbrante y, de pie, sobre la popa de la barca más alta, alzaba el Santo Sol ante el río, ante las barcas y ante la multitud agolpada en el puente... La tradición se ha olvidado... El Ródano ya está bendito!".

Y cuando esto dice el Capitán, un torbellino resonante envuelve la embarcación entre sus círculos. La tempestad se desata furibunda. La barca sucumbe... Nada queda... Sólo allá, en la orilla, alcanzan a divisarse los cadáveres del Príncipe y de Anglore entre mástiles rotos...

El símbolo es claro y la victoria del río una enseñanza. Y si a ello se junta el cúmulo de bellezas de todo orden que abundan en el grandioso poema, puede concluirse con Henry Bordeaux en que está, sin duda, muy por encima de **Ca-lendau** y **Mireio**. Es la obra maestra de las obras maestras de Mistral.

Detallar un poema es imposible porque equivale a copiarlo. No me detendré, por eso, a enumerar los episodios de **Lou Pouemo dou Rose**. Pero si al león se le conoce por un pelo, puede conocerse una obra por unas pocas líneas. Voy a traducir de la que me ocupa en este instante, y en prosa sencilla para mayor abundamiento, unos poquísimos versos de uno de los primeros cantos.

Narra Mistral cómo una mujer, al contemplar que descendía por el Ródano la nave en que iba Napoleón hacia el destierro, deja el cuchillo con que degollaba una gallina y grita enfurecida al prisionero imperial: "En la garganta te lo clavaría si estuvieras más cerca". Y aquí Mistral:

—¿Qué te he hecho, mujer?... Y la madre en duelo, con rabia desbordante: —Tenía yo dos hijos, dos hermosos muchachos tan fuertes como toros. Fueron contigo a las batallas y cayeron muertos entre su sangre, entre la mía!...

—¿Y qué, mujer? Están ahora más altos que las estrellas... Mirame a mí que voy a sucumbir en el destierro, sin patria y sin gloria... —¿Quién eres, pues?... —Era... no, soy el Emperador de los franceses... Y arrodillada entonces a sus pies la mujer le pide perdón, enloquecida por el llanto".

Esos pocos renglones bastarían para hacer la reputación de un poeta. Y, sin embargo, casi no se destacan en el poema: todo él está lleno de maravillas como ésa. Lo que Mistral soñó tan sólo el poema épico de Provenza es, en cierto modo, la epopeya misma de la Humanidad.

Las "Memorias".

Y con ellas se cierra la producción poética del más grande de los poetas de Francia, que es como decir del mundo entero. Sólo una obra en prosa ha de seguir a esas estrofas: la autobiografía encantadora ya mencionada varias veces en el curso de este estudio; el relato candoroso en que Mistral narra el poema de su propia vida.

O de una parte de su vida, mejor dicho. Los últimos capítulos se refieren a la publicación de **Mireio**. Faltan, pues, acontecimientos de la mayor trascendencia que, afortunadamente, son historia reciente: la negativa de Mistral a aceptar un puesto en la Academia Francesa porque pertenecía a la de Arlés; la inauguración de dos estatuas suyas, en vida del poeta; la adjudicación, por unanimidad, del premio Nobel de literatura; la inversión de ese premio en un palacio para los poetas; las condecoraciones que le concedieron todos los Estados de la tierra; la enumeración de más de

quinientas pinturas y esculturas y de más de diez óperas famosas inspiradas en los poemas mistralinos, y, para no alargarme demasiado, la muerte del patriarca, el 25 de marzo de 1914, en medio del dolor del orbe entero.

Homero y Mistral.

Pero, en verdad, a pocos hombres ha hecho la humanidad una justicia tan grande como a Federico Mistral. Le dio el apelativo de **Homero de Provenza** y con este apelativo le puso en el sitio que le corresponde por conquista y nacimiento.

Mistral es, en efecto, un nuevo Homero. Pero no lo es ciertamente, porque en sus obras abundan reminiscencias conscientes de la **Odisea** y de la **Iliada**. Más notorias y más numerosas son esas reminiscencias en la **Eneida**, y Virgilio no puede figurar al lado del Ciego de la Hélade: le falta el homerismo, o —si se me permite la expresión— el epopeyismo.

Hubo momentos en la historia (sabia teoría de Hegel) en que la voz del poeta vibraba a compás con el corazón de sus oyentes. Era el cantor entonces una persona surgida de la masa del pueblo, que pensaba y sentía como ese pueblo, pero que lograba expresarlo todo con más fuerza y más belleza. A la manera de una antena vibrante recogía los gemidos, las risas, las creencias, la vida misma, para repetirlo todo con una mayor sonoridad, con una solemne energía. Es la poesía popular, no ciertamente porque el pueblo le dé forma, sino porque el pueblo contribuye a ella con el fondo mismo y la eterna sustancia. La **Iliada** y la **Odisea**, el **Ramayana** y el **Mahabarata**, **El Poema del Cid** y **La Canción de Rolando** son los ejemplos típicos, y acaso los únicos con **Los Nibelungos** de este género de poesía tan raro en la literatura universal. Tan raro, sí, porque exige algo muy difícil: una civilización ya formada pero desprovista al propio tiempo de lo que ahora se llama la cultura.

Es así como Homero y Mistral se confunden al través de los siglos, no obstante que faltan aún a los poemas mistralinos la pátina del tiempo y el fermento de los años. Cuando pensó en resucitar la vieja poesía provenzal, Mistral creó ante todo una patria y una lengua. Es lo mismo que hizo Homero, poeta erudito que cometía arcaísmos a sabiendas. Y uno y otro levantaron esa patria y esa lengua a manera de árboles cuyas raíces se hundían en lo más hondo de las entrañas del pueblo y por cuyas ramas corría a torrentes la savia vivificante de los orígenes.

Grecia está toda en la *Iliada* y en la *Odisea*; Provenza está íntegra en *Mireya*, en *Calendal* y en el *Poema del Ródano*. Una guerra —como en la *Iliada*— o una serie de aventuras —como en la *Odisea*— pone al desnudo el alma entera de una raza; un idilio de amor, una lucha con lo imposible, un desbordamiento de las fuerzas naturales son en los poemas mistralinos la manera inigualada de hacer palpar en cada verso el corazón de Provenza. Y si lo maravilloso, el mundo superior, anima y engrandece los poemas homéricos, ahí está *Mireya* aniquilada por el fulgor de los cielos, *Calendal* vencedor de lo imposible, y *Anglore*, el presente, devorada por las fuerzas del pasado.

Pero es más. La existencia de Mistral es la mejor refutación de las teorías de Wolff. No fue un pueblo el que compuso fragmentariamente la *Iliada*, porque está visto que no fue Provenza la que compuso a *Mireio* poco a poco. Las fuerzas diseminadas necesitaban reunirse en un solo haz poderoso, y ese haz fue Homero como lo fue también Mistral. Por algo Mistral temía que andando el tiempo se le tomara por un ser legendario.

Solo que Mistral supera a Homero. El coloso helénico de la epopeya sólo tuvo por maestra a la naturaleza y por el alma de sus obras una serie de creencias contradictorias y absurdas; en el poeta de *Mireio* esplende ya en el cenit el Sol glorioso cuyo nacimiento alcanza a vislumbrarse en la *Eneida*. Y así como Virgilio se engrandece al conducir a Dante a las regiones de la sombra, así Homero se sublimiza al resucitar en Mistral, atónito ante una naturaleza que es obra de un Dios más poderoso que Júpiter y más bello que Apolo. *Andrómaca* palidece ante *Mireya* y *Calendal* supera a *Ulises*.

Mistralismo.

El hecho es que si Homero dio origen a una literatura que comienza con la *Eneida* y va a terminar con algunos poemas de Víctor Hugo, después de haber llenado toda la Edad Media y Todo el Renacimiento, puede también enorgullecerse Mistral de haber dado origen a una literatura que es, indudablemente, la del porvenir: la literatura del autoctonismo.

Mistralino es Gabriel y Galán cuando arranca sus cantos más bellos de las propias entrañas de Extremadura; mistralino hasta los tuétanos el poeta dulcísimo de los **Aires murcianos**; mistralino —quizá sin saberlo— el fogoso cantor de **Alma América**, y más mistralino que todos ese épico

prodigioso que se llama Juan Zorrilla de San Martín. **Tabaré** no es sino un hermano americano de *Mireya*.

Y para hablar de Colombia, quién sabe si aquellos fragmentos mistralinos que José Eustasio Rivera se complacía en escuchar de mis labios no influyeron de manera decisiva en la inspiración del grande artista, llevando al menos a su alma la conciencia de su linaje. Y quién sabe también si este hervir de savia nacional a que hoy asistimos complacidos es sólo una prolongación en nuestra patria de esa cordillera maravillosa por cuyo filo hemos caminado al través de estas líneas. . .

* * *

Cuenta el propio Mistral, en una de las primeras páginas de sus *Memorias*, que a los pocos días de nacido fue presentado a un grupo de amigas íntimas de su padre, quienes obsequiaron al infante de conformidad con la costumbre provenzal, con una cesta de huevos, un pedazo de pan, un puñado de sal y una caja de cerillas, al tiempo que le decían: "**Sé, niño, tan lleno como un huevo, tan bueno como el pan, tan sabio como la sal y tan recto como una cerilla.**"

La profecía se cumplió. La vida y la obra de Federico Mistral nos lo muestran lleno como un huevo, con la plenitud de las facultades espirituales y corporales que constituyen el hombre; bueno como el pan, con esa bondad contagiosa que procede de un corazón sin bastardías; sabio como la sal, con la sabiduría de que hablan en forma elocuente los Libros Sagrados, y recto como una cerilla, tanto en lo físico como en lo moral.

